

# De viaje con Don Antonio

**Antonio Pereira**

Don Antonio el cura viajó mucho sin salir de su biblioteca, moviéndose por el espacio y por el tiempo. Anduvo con los clásicos griegos y con nuestros poetas autóctonos de las últimas hornadas, y se adentraba en el futuro tanto como en el pasado lejano. Pero tocante a subir su persona al tren o al automóvil era perezoso y, llegado el caso inevitable, miraba de no esclavizarse con excesiva maleta. Estuvo en La Coruña y Santiago en un congreso de gente de pluma, pero de eso quedan testigos directos que podrán contarle mejor. Los veranos se asomaba a Gijón o a alguna otra playa no distante y se daba sus baños cautos, acompañado por don Aurelio, su compañero de sacerdocio y de paseos, o quizá por Castro Ovejero, su cercano paisano seglar. También en la estación de los días largos se dejaba llevar a la montaña leonesa o al Bierzo, mejor si era para ir y venir dentro de la jornada.

-Podría pasar mi vida viajando- no sé si era una cita o venía de su propia cosecha con tal que me dieran una segunda vida para pasarla en mi retiro.

Una vez, sin embargo, nos embarcamos en una aventura de bastantes días y cientos y cientos de kilómetros. Éramos tres viajeros, o sea don Antonio, la conductora y yo. León quedaba batido de nieves de enero y salíamos hacia un Sur benevolente con los bronquios de los cristianos, y más cuando estos respiraderos están maltratados por el tabaco. Don Antonio fumaba gruesos cigarros que apuraba con avaricia. Nos pusimos mirando para Extremadura, Andalucía, África. Atrás quedaba la ciudad de siempre, Valderas a un lado, era la víspera de Reyes y algo de expectante había en nuestra alegría. Fueron unos días hermosos y ahora me da gusto contarlos. Comimos en Béjar.

-A Béjar vino Camilo José Cela a dar una conferencia. Le pagaron con un corte de traje de buen paño local, un capital en aquellos tiempos.

Cuántas historias, cuántas confidencias y anécdotas. El día de Reyes don Antonio quiso decir su misa y lo hizo en el convento de las Concepcionistas de Mérida, cerca de la imagen de aquella hermosa dama portuguesa que se llamó Beatriz de Silva. Luego, la gran fiesta fue en Santiponce, junto a las ruinas de Itálica, el asombro de poder comer a pleno sol, en el aire libre, los huevos fritos con el jamón de la sierra vecina, las aceitunas de los mismos olivos que nos rodeaban.

-Estos Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora campos de soledad, mustio collado...

Don Antonio decía los versos con una voz pausada y profunda. Y de la mano de los poemas llegaban sus razones sobre la poesía. Le interesaba mucho la relación entre poesía y religión:

-Aunque Dámaso diga que toda poesía, por el hecho de serlo, ya es religiosa, la verdad es que actitud poética y actitud religiosa no son la misma actitud. Hay muchos poetas que son poco religiosos y muchos más hombres religiosos que no son ni poco ni mucho poetas. Juan Ramón Jiménez -veremos su casa en Moguer- cantó al margen de toda preocupación religiosa. Don Antonio Machado andaba buscando a Dios entre la niebla. Unamuno... Don Miguel, sí, es un poeta religioso. Religioso al margen, frente a la ortodoxia.

En la Huelva esperaban a don Antonio González de Lama para unas conferencias en el Casino.



Antonio Pereira, Antonio G. de Lama y José Castro

El primer día hubo bastante público, el segundo día se llenó el local y al final del ciclo la gente se amontonaba. Alguna tarde, en el salón de baile convertido en aula magna presidía el obispo. Aquel cura llegado del Norte traía ideas y razones que no era corriente escuchárselas a un señor con sotana. Ni oírse las a un seglar de entonces hubiera sido fácil, por lo que tenían de anticipación de cosas y casos que don Antonio no llegó a ver en la realidad pero que nosotros ahora estamos viendo...

La condición intelectual de su misión no le impedía al filósofo de Valderas el disfrute -un poco asombrado- de lícitas sensualidades del Mediodía, el poder sentarse bajo el cielo y junto al mar a tomar una copa de fino con unos langostinos. Los niños jugaban bañados de luz. Las muchachas paseaban sin abrigo. A don Antonio le chocaba la aparente despreocupación, la alegría de lo andaluz. En Sevilla, en el Parque de María Luisa, le apremió una necesidad menor y acudió a un meadero tan pequeño que el usuario casi tenía que quedarse con medio cuerpo fuera. Volvió muy divertido porque en la pared interior había un letrero: «Se prohíbe dar carreras en este local». Y la Costa del Sol, que aún no se llamaba así, con su clima acariciador y los primeros y escasos turistas de lengua extranjera. Luego, Granada, la Alhambra, la catedral... Y Jaén.

Ya acercándonos de regreso a casa, hicimos parada y fonda en Madrid. La fonda -por ilustrar esta memoria con curiosidades exactas- era el hotel Carlton. Una noche

fuimos al teatro y de aquella función me queda un recuerdo conmovido. Don Antonio había leído y asimilado a Esquilo, Sófocles y Eurípides, se sabía a Shakespeare, conocía al dedillo todo el teatro de nuestro Siglo de Oro. Estaba curtido de dramas y tragedias universales y, sin embargo, se le notó una sencilla ternura ante la escena viva y palpitante, con las peripecias de *Maribel y la extraña familia*. Hasta enaguársele los ojos.

-Hay que volver al tajo, tengo muchas clases encima y aquella gente me necesita.

Aquella gente serían los mozos del Seminario, las chicas del colegio donde también enseñaba.

-Llegaremos a tiempo para el San Antonio Abad -lo tranquilizamos pensando en el día de su santo-, a las copitas junto al brasero, frente al ábside de la catedral...

-Y habrá que contarles del viaje a los curas que vengan a la partida -dijo don Antonio-.

Tampoco es que haya que contarles todo.